

Eso que llaman cultura

*Escribo, hermano mío de un tiempo venidero,
Sobre cuanto estamos a punto de no ser,
Sobre la fe sombría que nos lleva.
Escribo sobre el tiempo presente.*

José Ángel Valente

Llevamos más de tres décadas discutiendo sobre cultura, políticas culturales públicas, programas y proyectos culturales, agentes y propuestas, sobre todo el entramado del mundo en el que el arte se hace visible, sobre las formas de expresión artística, los usuarios, los equipamientos, los presupuestos y los hábitos, la demanda y el consumo cultural.

Nuestro país, como Andalucía y nuestra provincia, ha ensayado y aplicado los diversos modelos de políticas culturales públicas que en el mundo han sido. Hemos podido observar y aplicar políticas de mecenazgo público, de fomento y potenciación de las cualidades y talentos de los creadores. Con mayor o menor fortuna, se desarrollaron programas de becas y formación, se integró a la formación artística en la enseñanza reglada y se convocaron numerosos certámenes en casi todas las especialidades del arte y la cultura. Se desparramaron (sic) los equipamientos en infraestructuras culturales por todo el territorio. En este caso, el del ladrillo cultural, hemos llegado a rozar la locura y a fomentar incluso los mayores despropósitos. Algunos grandes equipamientos asombran por su desmesura y sus proporciones fuera de toda lógica de diseño, mantenimiento y equilibrio territorial.

También hemos invertido cantidades muy considerables de dinero, pesetas y euros, en proyectos dirigidos al fomento de las industrias culturales, sean estas lo que sean y entiendan los dirigentes lo que crean entender. Proyectos que inyectaban recursos a ideas, propuestas y, en ocasiones, a algunas realidades. Se nos llenó la boca con la economía de la cultura y se pensó que ésta, la cultura, actuaba como una pócima capaz de generar empleo, riqueza y desarrollo como una moderna cornucopia para sociedades avanzadas. Como esa en la que creíamos vivir. También hubo momentos en los que creamos redes de difusión cultural y artística para que diseminaran teatro, música, arte, etc. en cada rincón de nuestra nación, desde el pueblo más pequeño al barrio más corriente sin olvidar los espacios donde habitan la marginación o aquellos otros donde reside la exquisitez.

No había agenda política en los partidos, en las instituciones, en las empresas privadas y financieras, en las ONGs, en las asociaciones ciudadanas, en casi cualquier sitio donde se decidiera, que no llevara la palabra cultura en sus programas escrita de forma más o menos ampulosa. Y nos lo creímos. Y se lo creyeron. Nació entonces, cuando todos los modelos se superpusieron, el culto a la cultura como instrumento, la cultura como herramienta para enmendar todos los desaguisados, para motivar la creatividad, para fomentar el turismo, para renovar identidades, para redimir marginados, para crear riqueza..., para casi cualquier cosa. Nos creímos capaces de utilizar la cultura para posicionarnos en el mundo globalizado. Pero el mundo globalizado era igual que el anterior, más comunicado y más vertiginoso, pero terriblemente igual. Lleno de contradicciones, conflictivo, polémico, desigual, desequilibrado y con pobres, ricos y clases medias. La crisis, la que nos está golpeando con dureza y desprecio, nos ha despertado de muchos sueños. El despertar ha sido como una pesadilla, el dinosaurio de Monterroso continúa obstinadamente presente en este despertar agrio. Y no tenemos modelo de políticas culturales en la mente, en el alma o en el bolsillo que nos sirva para encararla.

¿Dónde fallamos? ¿En qué momento nos llevó el desvarío? Probablemente, cuando dejamos de ser conscientes de que la cultura es, ante todo, una política social. Que está muy bien que tenga aspectos económicos, redentores, identitarios o desarrollistas, pero que es, ante todo, social. Y en esas estamos. Sin dinero, sin modelo, sin ideas, sin proyectos.

¿Dónde acertamos? En algunas cosas: en la proximidad, en la profesionalización, en el respeto a los creadores, en el cuidado de los públicos, en el interés por planificar por encima de ciclos, en la necesidad de evaluar. En resumen, acertamos en las políticas y programas que pusieron a la cultura como centro y no como excusa o herramienta. Quizás, y esto lo mismo es algo osado, acertamos en ver la cultura como palanca de transformación social.

Comencemos, pues, a repensar la cultura como hecho social; quizás por ahí haya un camino de futuro. De futuro sostenible en el tiempo...

—ESTOY CONTENTO de que seas autónomo —respondió su padre. En mi vida he conocido a varios individuos que querían ser artistas y a los que les mantenían sus padres; ninguno consiguió triunfar. Es curioso, podría creerse que la necesidad de expresarse, de dejar huella en el mundo, es una fuerza poderosa; y, sin embargo, por lo general no basta. Lo que mejor funciona, lo que empuja a la gente con la mayor violencia a superarse sigue siendo la pura y simple necesidad de dinero.

MICHEL HOUELLEBECQ, *El mapa y el territorio*

TAMBIÉN NOSOTROS somos productos —continuó—, productos culturales. Nosotros también llegaremos a la obsolescencia. El funcionamiento del mecanismo es idéntico, con la salvedad de que no existe, en general, mejora técnica o funcional evidente; sólo subsiste la exigencia de novedad en estado puro.

MICHEL HOUELLEBECQ, *El mapa y el territorio*

«LOS CREADORES son cómplices de la operación de marketing a la que deriva la cultura» [...]

La diferencia es que el teatro en estos últimos diez, quince años ha hecho una deriva hacia la banalización, hacia el entretenimiento y hacia una especie de inflación espectacular, de manera que los espectáculos que tienen éxito se basan en figuras de la televisión o en aparatosidad escenográfica. Tengo la sensación de que está declinando un teatro más esencial [...]

La cultura en general se ha convertido en una especie de producto de lujo. En estos últimos años se ha hipertrofiado la utilización de la cultura como imagen de prestigio y poder. Lo que la institución quiere apoyar es aquello que atrae a multitudes y tiene el máximo de resonancia mediática [...]

Yo sí creo que la cultura es un bien público, como la educación y la sanidad, y por lo tanto debe tener un apoyo institucional. Pero, claro, tiene que haber un pensamiento institucional para ver qué tipo de artes se apoyan, cómo se regula la donación de dinero... Pero dado que esa política cultural no parece existir, la Ley de Mecenazgo podría intensificar la concepción mercantil de la cultura a la que estamos asistiendo [...]

ENTREVISTA A JOSÉ SANCHÍS SINISTERRA, *Público*, lunes 30 de enero de 2012, pág. 35